Despertar de primavera

Fernando del Paso

Mientras vamos navegando el agua se remueve apaciblemente. Ya nos hemos alejado de la orilla, la otra queda todavía lejos, porque el lago es muy grande. El cielo se ha enrojecido más, el agua misma ya dejó de ser azul, se ha ido pintando de rojo como las nubes. Parece que estuviéramos dentro de una gran rosa de la guirnalda que él va a tejerme, y la rosa nos envuelve a los dos. Son pétalos, son olas arriba y abajo de nosotros. ¿Ven esta granada?, les digo, este grano es él y éste más pequeño soy yo. Entonces coloco los dos granos en mi lengua. Estamos rodeados de rojo, y porque también es roja, la sangre se me alebresta. El corazón se me ha vuelto loco. Me siento mareada por el aroma del pinar que parece deshacerse y caer sobre toda mi piel en una cascada de agujas...
(Fragmento de la novela *Deseo*, de Aline Pettersson).

La narración corre como una brisa fresca, y nosotros aprendemos a volar con ella. La frescura, sin embargo, a veces quema: son los momentos cumbres de un aprendizaje que refleja una euforia y una angustia que se revelan en una agridulce simultaneidad. Son los instantes en que los remordimientos preceden al pecado que se va a cometer para exculparlo de antemano y diluirlo en una gozosa y a la vez perturbada conciencia.

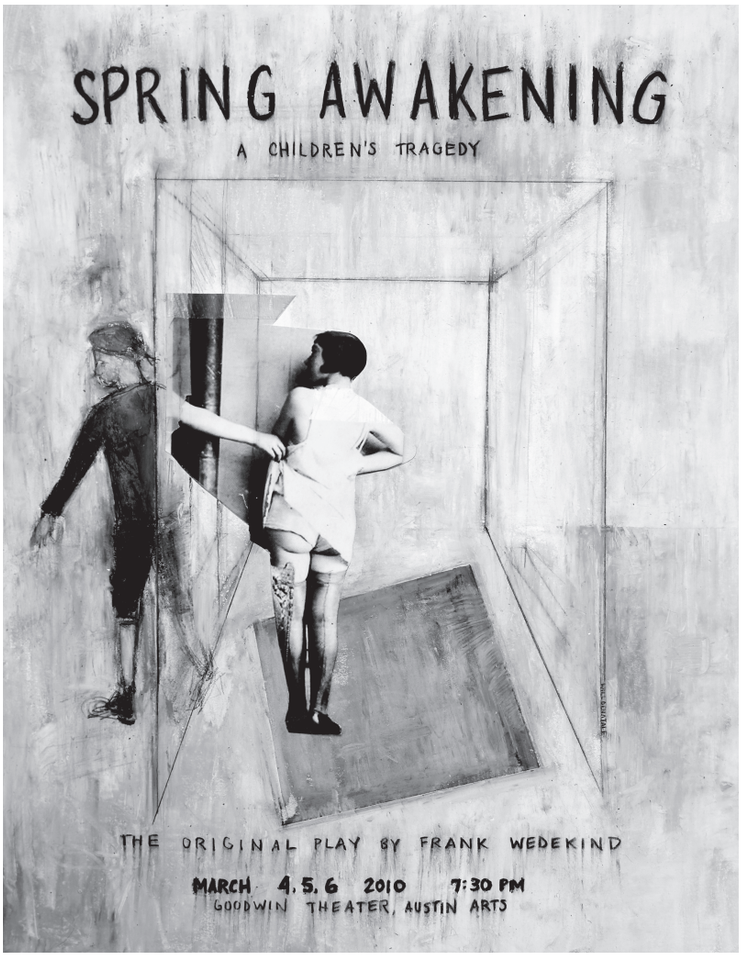
Es la vida de Leonora. Pero no, *no* es su vida o al menos no es *toda* su vida. Son los episodios secretos, primero de una adolescente que despierta al sexo y después de una mujer adulta que, en ocasiones, y como ella misma nos dice, ya no cabe en su cuerpo y decide salir y lanzarse a nuevas aventuras que, siendo desconocidas, ella ya conocía con antelación: habitaban en sus presentimientos y ese mismo cuerpo las añoraba.

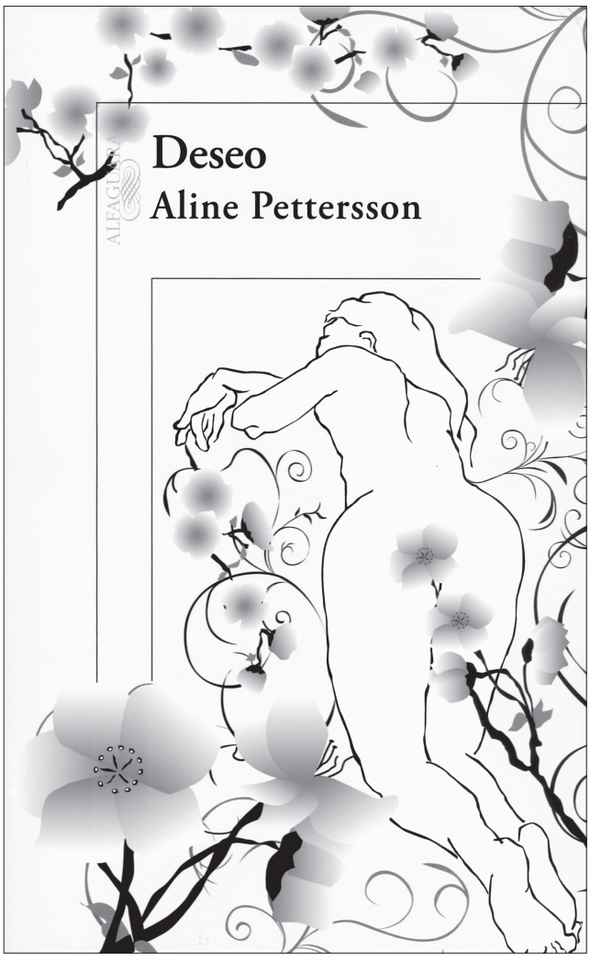
Deseo, de la escritora mexicana Aline Pettersson, es una novela escrita con la sabiduría que usó el autor alemán Franz Wedekind en *Despertar de primavera,* una obra —representada por primera vez en 1891— que surgió casi de la nada como un faro que alumbraría el débil comienzo de una revolución sexual que el mundo necesitaba desde hacía siglos. El tema, esa iniciación de los adolescentes a un placer sexual en el que abundan las dudas, los titubeos y los sobresaltos, es tratado por Wedekind con el respeto que exige la descripción de un acto sagrado, rodeado de una atmósfera cargada de ternura. No menos ternura se respira en las páginas de *Deseo* de Aline Pettersson.

Pero si podemos descubrir afinidades entre *Despertar de primavera* y *Deseo,* es necesario señalar una diferencia fundamental. El acercamiento a este libro, para que dé de sí todo lo que tiene que dar, y que es mucho, requiere una lectura íntima, personal y, agregaría, solitaria y silenciosa. Aunque escrito el libro de Aline no por el personaje mismo, sino por un autor, o mejor, una autora omnisciente, el lector tiene la clara impresión de que es la protagonista quien se aboca a la tarea y quien ha decidi-

© Adriana Bernal

Aline Pettersson





do invitar, a aquellos que la leerán algún día, a compartir con ella algunos de los rincones más secretos y luminosos de su interior, y para ello, quizá por pudor, se refugia en una tercera persona encargada de contarlos. Esto no origina ninguna confusión: todos somos actores de nuestra vida y, en algunos momentos, también espectadores: la memoria ¿o la conciencia? es la tercera persona que nos la cuenta al oído.

¿Dije lector? Podríamos pensar que para encontrar su espejo en las zozobras y gozos de un personaje femenino, el lector tendría que ser una *mujer,* es decir, una lectora. Pero una vez más, por fortuna, en *Deseo* se da esa magia de la que sólo la buena, la gran literatura conoce los conjuros que nos transforman en el personaje mismo de la obra, para regresar sí, a la persona real que siempre hemos sido, pero enriquecida con el baño de luces y sombras que representa sumergirse en la alteridad... en el pensamiento y las emociones, las incertidumbres, de otro individuo. Virginia Woolf es *Orlando. Madame Bovary* es Gustave Flaubert.

Y Leonora somos todos.

Las veleidades y enamoramientos de Leonora comprenden no sólo un frenético —aunque esporádico— amor conyugal al que también canta, apasionada: rozan, sin lastimarla, el incesto y la homosexualidad, y en ocasiones se enzarzan con las leyendas para encarnar —enamorada de su maestro— en los sueños escolares que tiene, los ojos y corazón abiertos, con la vida de heroínas célebres que alguna vez llevaron su nombre: la infanta Leonor, que fue raptada por Silván al-Hassán para engrosar el serrallo del Gran Sultán, por ejemplo. O en la obertura *Leonora* de la ópera *Fidelio* de Beethoven, con Leonora, la fiel esposa del noble español Florestán que viaja a la prisión en la cual el cruel Pizarro lo ha encerrado, para rescatar a ése, su único y verdadero amor. Es entonces que la música comienza a habitar su cuerpo de mujer y a jugar con él hasta la antesala del orgasmo. En otras palabras, lo que siente, ve, escucha y aprende con su mente, lo aprenden también, lo sienten, su carne y sus entrañas.

En *Deseo* de Aline Pettersson, el paisaje y la Naturaleza juegan también un papel que podríamos llamar *erótico*: el mar, la lluvia, las nubes, las flores, los árboles sirven de telón de fondo de esa larga, inasible experiencia que siempre promete más, pero no siempre lo cumple. Y de nuevo el lector tiene la sensación —la tuve yo— de que esos magníficos escenarios son creación de la propia Leonora, inventora tanto de sus fantasías como de sus dulces realidades.

El deseo, como sabemos, no cumple años. Las más de las veces sigue despierto y joven a medida que nuestro cuerpo envejece. O si acaso, permanece aletargado, pero con las fuerzas y el ánimo necesarios para volver a manifestar su existencia en el momento menos pensado. El día en que Leonora cierra los ojos para siempre, nosotros, sus lectores, cerramos las ventanas que dan a un remanso terso y tranquilo y casi inmóvil acribillado aquí y allá por filosos hilos de un sol ardiente, pero cuyas heridas, como las heridas del agua, duran sólo unos instantes y se cierran solas. **u**